

SOBRE LA LIBERTAD Y EL DESEO

Juan CORONADO

Qué fue primero, ¿el hombre o la sociedad? ¿Qué es más importante, ¿lo individual o lo social? ¿Y qué es un escritor? ¿No es acaso un ser único inmerso en una comunidad? ¿Se puede hablar, en verdad de la “literatura por la literatura” o de “literatura comprometida”? ¿No es el hecho literario un hecho social? ¿Podría ser un simple capricho onanista?

Que yo sepa, el acto de escribir es un acto de comunicación social. Es un contrasentido el hablar de un acto estético escritural cuyo único receptor sea el espejo mismo. El escritor configura sus palabras en la soledad de su propio imaginario, pero al salir de este encierro forman parte ya de un entorno social. Caen las palabras en una tierra propicia y la fecundan; quiero decir, si están dotadas de un poder germinativo.

La literatura necesariamente se mueve en esos dos planos: lo individual y lo social, la mueven los resortes del deseo y la libertad. Es un movimiento de la voluntad que pone en el mismo saco los jugos del deseo (líquidos gástricos y seminales) y los aires de la libertad (vuelos y revuelos). No hay literatura sin deseo y tampoco la hay sin libertad. Y entiéndase por “deseo” las pulsiones todas de lo individual, y por “libertad”, los imperativos de lo social. Si la lógica aristotélica no nos engaña, toda la literatura buscaría la libertad. La función última de la literatura sería la libertad, tanto la individual como la social.

La literatura cuyo mensaje caería sobre su propia libertad sería aquella que se nombra del “arte por el arte”: literatura de libertad formal. La literatura cuyo mensaje, a su vez, caería sobre la libertad social sería la llamada “comprometida”: literatura de libertad de contenido. Pero recordemos ahora que se nos ha dicho que no podemos separar la forma de su contenido ni viceversa. Por lo tanto, tampoco podemos separar las dos libertades. No hay libertad individual sin libertad social ni viceversa.

¿Por qué la historia de la literatura o la historia de las ideas nos hablan de dos polos extremos: lo puramente estético y lo puramente social? ¿El “artepurismo” y el “arte compromiso” no son dos notas de la misma canción de libertad?

Vayamos a un caso concreto; a un tiempo y un espacio específicos: la literatura mexicana de los “veintes” y treintaos”. Cerremos el círculo que contiene a tres grupos: “Contemporáneos”, “Narradores de la Revolución” y “Estridentistas”. Estas tres caras de la literatura mexicana son eso, tres fases, tres visiones, tres posturas ideológicas y estéticas. En un principio se vieron como antagónicas; a la distancia temporal las vemos como complementarias. Los tres grupos buscaban la libertad, desde su muy particular punto de vista.

Los Contemporáneos buscaban una libertad moral como punto de partida y esto traería como consecuencia las demás libertades. Su carga individualista, precisamente por partir de lo moral, los hacía sospechosos de evadir la realidad mexicana. Pero ahora nos damos cuenta de que no era así. Su camino hacia lo mexicano era más tortuoso, los llevaba a lo universal para finalmente recaer en lo nacional. No es su literatura una acción evasiva, pues parte del deseo de libertad individual que traerá como consecuencia la libertad social. Liberaron sus propias conciencias de atavismos morales para conectarnos con el reloj universal de una actualidad que nos estaba esperando. Su hecho y dicho fue una confrontación del propio “yo” con el “otro”, con la alteridad que nos daba miedo. Nos enseñaron a reconocernos a través de lo diverso. La libertad de conciencia fue su consigna de libertad.

Los “narradores de la Revolución” buscaban una libertad social como punto de partida. Su compromiso no era con el individuo, sino con el grupo social emanado del movimiento histórico que se estaba viviendo. Su postura era evidentemente nacionalista. Estaban interesados por el “aquí” y el “ahora”. Sólo la libertad social traería como consecuencia las demás libertades. Su tarea consistía en dibujar su propia cara para reconocerse como clase social. Mexicanizaron la literatura por medio del propio folclor y el reconocimiento de la historia propia. Abrieron la puerta de la libertad para dejar pasar su propia violencia e incongruencia. La masa misma, lo popular fue el tema central de sus discursos literarios. Asumieron la forma como contenido y le dieron la bienvenida coral a un México nuevo ya cansado de tan viejo. El pesimismo fue su consigna de libertad.

Los Estridentistas buscaban una libertad estética para de ahí partir a otras libertades. Rechazaban la tradición por su inercia, por su desplazamiento

no voluntario. Deseaban el movimiento generado por su propia fuerza. Hablaban explícita y directamente de un compromiso político y social y acusaban los escapismos y las “desviaciones individualistas”. Estéticamente pertenecían a una escuela universalista y al principio parecía difícil su arraigo nacional, aunque al final logran poner en la propia mesa el guiso hecho de velocidad moderna. Transformaron el contenido en forma para que México respirara los nuevos oxígenos. El optimismo a la velocidad del rayo fue su consigna de libertad.

Al final de cuentas, las tres libertades de estos grupos: libertad de conciencia, libertad social y libertad estética conformaron nuestra total libertad o nuestro fantasma de libertad, como quiera verse. Gracias a estas disparidades se fraguó la imagen completa de la cultura mexicana del siglo XX. Lo que en la primera mitad del siglo estaba disperso se empezó a conjugar en la segunda. Escritores como Yáñez, Rulfo o Revueltas tejieron los hilos sueltos hasta formar un tapete nuevo donde no luchan lo nacional y lo universal ni lo social y lo esteticista, pues forman una sola entidad.

La literatura se puede mover entre los espacios intermedios que van del deseo a la libertad, de lo individual a lo social, de lo nacional a lo universal, del mensaje estético al mensaje social. Pero esto no implica una postura radical por uno de los polos. Ciertos momentos históricos han querido inclinar la balanza hacia uno de los lados, pero al resolver la problemática histórica como tal, la literatura toma su propio rumbo y ésa, finalmente, es su única consigna.

La literatura, como expresión cultural y estética, funda su esencia en su propia libertad. El que pueda ser utilizada como instrumento ideológico o como artefacto estético no tiene relación con su propia capacidad expresiva. La literatura llamada “comprometida” funda su propio valor en su funcionalidad estética y no en el “mensaje” que transporta. *El apando*, de Revueltas, por ejemplo, no es una espléndida novela por la denuncia social que encierra, sino por la fragua literaria tan magistralmente conseguida. Por otro lado, la literatura llamada del “arte por el arte” también funda su valor en su funcionalidad literaria y no en su mero juego de diseño estético. *Farabeuf*, de Salvador Elizondo, es un texto de una calidad literaria que al pasar de los años hace cada vez más patente, y esto no lo logra sólo gracias a su experimentación formal.

La literatura deja de funcionar como tal cuando es utilizada como instrumento para otros propósitos y estos otros propósitos ganan la partida. No es

que la literatura no pueda llevar un mensaje ideológico o de formalidad estética, sino que se le desvíe de su propio sentido. La literatura construye un equilibrio entre lo que llamamos forma y fondo. Uno y otro elementos tienen que estar perfectamente conjugados, pues son inherentes a su propia conformación. También es verdad que, de hecho, puede haber muchos juegos con este equilibrio y lo que parece contenido se vuelve forma y lo meramente formal se convierte en contenido. Una parte condiciona la otra y no hay vuelta de hoja: ésta es su naturaleza. El devenir histórico y las variaciones del gusto estético pueden crear la apariencia de que se está en un momento en el que predomina uno u otro elemento. Podríamos decir, con manotazo de brocha gorda, que en el romanticismo predomina el gusto por los “contenidos” y, en el modernismo, por las “formas”. Pero en realidad esto no es más que una apariencia. Si nos acercamos a obras concretas observamos que los contenidos de una novela de trama amorosa, por ejemplo, conllevan una forma necesaria que es la que los hace ser tales. La conformación, el trabajo del novelista no se hace exclusivamente del lado de los contenidos, porque éstos lo llevan a una forma. El agua del vaso es lo que es por el vaso mismo, como genialmente nos lo revela la *Muerte sin fin*, de Gorostiza. La forma y el contenido se definen uno a otro. Cuando, por otro lado, un escritor realiza un trabajo muy minucioso con la forma, ésta se va llenando de contenidos que le son necesarios. No puede haber formas sin contenidos en la literatura. Los códigos temáticos de la literatura de apariencia formal son más reducidos, más simples quizá, pero ahí están, siempre presentes. ¿De qué hablan *Las soledades*, de Góngora, por poner un ejemplo extremo de obsesión formal? Hablan de un cortesano en naufragio, de campesinos, de pescadores y de mil y un detalles del mundo lejos de la corte; de colores, de sabores, de sensaciones; de todo lo cotidiano que rodea la vida en la aldea. ¿Por qué tendría que ser un tema de mayor peso el amor frente al vuelo de una mariposa o a la muerte frente al color de una flor? Pero nos estamos desviando ya del camino. Tenemos que regresar al camino primero.

La escritura literaria es un acto de comunicación, decíamos, un puente entre lo individual y lo colectivo. El emisor (escritor) le habla al receptor (lector) para comunicarle su deseo y su libertad. El lector hace suyos este deseo y esta libertad y deja de ser un individuo aislado para formar parte de una comunidad, de un grupo social. La literatura en este sentido opera como las religiones: une, liga y relaciona lo individual con lo comunitario; va al fondo de lo humano: ahí donde anida el deseo y también la libertad.